

LA VIDA DE LOS CLONES

Miguel Espigado



Colección Pulpas n.º 22

Narrativa

Primera edición: abril 2017

Título original: *La vida de los clones*

©2017, Miguel Espigado, del texto
©2017, Jon Juárez, de la ilustración de cubierta

©2017, Aristas Martínez Ediciones
www.aristasmartinez.com
c/ Toledo, 24-B Badajoz 06008

Diseño y maquetación:
Sara Herculano y Cisco Bellabestia

ISBN: 978-84-947049-0-1
Depósito legal: BA-95-2017
Impreso en Kadmos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 917021970 / 932720447)



*A Teresa,
que vive las novelas para ser contadas*

*

Recuerdo despertarme drogado en una habitación de motel llena de carteles plastificados, de unas estrecheces como no existían en el parque de ensueño donde hasta entonces había transcurrido mi vida. Frente a mí, un televisor de tubo y un ordenador que multiplicaba en cascada frases verdosas de código. Distinguí los cuerpos de varios hombres, con trajes baratos y zapatos de gruesas suelas de goma, y recaí en la pistola guardada bajo la axila del que se sentaba en el butacón frente a mí, que lanzó su advertencia al grupo en cuanto me vio despertar. Las cabezas de pelo rapado que coronaban esos trajes, las manos que sostenían tabletas conectadas a sus oídos con cables de espiral, se excitaron en cuanto volví a la vida. Pero yo digo “moqueta”, digo “pistola” y digo “barato” usando un lenguaje que por entonces no conocía. Me habían inyectado tanto Litinol que me hubiera resultado imposible temer a esos tipos o siquiera interesarme por mi seguridad. De todo el espectro emocional, solo me llegaban los ecos de una marea que me empujaba a buscar un ángulo vacío en esa habitación atestada. Podía sentir la baba cayendo entre mis colmillos, y empapando el pelaje que cubría mi hocico; la baba, esa sustancia pegajosa y estúpida, que me goteaba hasta acabar donde todas las cosas muertas, sin voluntad: abajo.

Viví postrado en esa cama sin poder enlazar un solo pensamiento hasta que uno de mis captores encendió la televisión. Qué complacencia debió de sentir ese equipo de crisis cuando vio cómo reaccionaba con el aparato, que yo no conocía. Mira, se queda tan atontado como mis hijos, se decían, y recaer en ello debió servirles para dejar de tratarme como a un animal de granja. No recuerdo ningún nombre de los tipos del servicio de seguridad de Michael excepto el de Mark, quien me enseñó a usar la tele y se convirtió en algo así como mi primer colega en el mundo real: Mark, quien parecía más dotado para supervisar cumpleaños infantiles que para usar la pistola que le colgaba bajo la chaqueta. Yo lo sentía capaz de la clase de amor paternal que mi diseño filogenético era capaz de despertar. Me lo gané por mi candidez hacia todo cuanto me era nuevo, que incluso en un fragmento del mundo tan minúsculo como ese, lo era todo. Como cuando me enseñó a usar la tele, pulsando los botones del volumen y los canales del mando con rapidez, y yo entendí que utilizar ese aparato consistía en apretarlos con la misma frecuencia y dediqué un rato largo a cambiar de canal y de volumen sin cesar. Se rió tanto que acabó contagiando a sus compañeros. Y desde entonces se relajaron un poco las cosas.

En aquellas semanas en el cuchitril de Santa Bárbara y durante los años siguientes en Pekín, la televisión se convirtió en mi gran ventana. ¿Cómo pudo Michael lograr que veinte años de mi vida hubieran transcurrido sin que fuera consciente de ella? Al menos, cuando nos liberaron, hacía tiempo que ya no le creía cuando nos contaba que no había universo más allá de nuestra jaula de oro. Y ahora podía reconocer como la realidad aquello que sus imágenes me arrojaban con un parpadeo atronador. Aunque al principio sólo constituían cientos de miles de piezas deslavazadas, esas primeras horas de tele me permitieron poner los andamios de la representación caótica del

siglo XX que todos los humanos contienen dentro. Y si no, Mark, los guardaespaldas, y más adelante las recepcionistas, los masajistas o los dependientes del Hyatt de Pekín, se complacerían de corregir mi salvaje ignorancia. Zatoichi Industries nos había diseñado bien; lejos de molestar a los humanos, nuestra estupidez hacía aflorar su cariño.

En los primeros días de motel, aún enmudecido por el shock, ni siquiera expresé más que monosílabos. Me mostraba dócil, aunque intuía que los psicofármacos inhibían mi duelo por la muerte de Michael. Pero no fue mi estado de ánimo ni las miles de contradicciones que las noticias de los telediarios arrojaban sobre mi propia raza, la fatal inmolación durante el rodaje del cortometraje promocional, los fans llorando en la puerta del hospital y los otros millones de cosas que me hallaba a años luz de comprender lo que me empujó a superar mi timidez inicial. Fue la ausencia de música. Solo pregunté a Mark por qué no sonaba la música. Mientras los canales dedicaban su programación a cubrir la agitación global tras la Declaración Universal de Derechos de los Clones, ¿qué veía yo en la tele del motel? MTV. BET Hip Hop. Bubble Hits. 4fun.tv. Radar Music Videos. Rock TV. Telehit. TME. VH1 Soul. M6 Music. Mis primeros pasos en libertad los di sobre la parrilla de televisión, y fueron evasivos. Solo hice excepciones cuando sintonicé especiales dedicados a los discos de Michael, a sus grandes éxitos, a su trayectoria, tan abundantes en esas semanas. Y ahí se nota el buen trabajo de Zatoichi Industries al planear nuestra estupidez de clon, pues no importaba que el reportaje desvelara a mi padre humano como alguien radicalmente diferente a como yo le conocí. No, yo solo tenía ojos para la imagen en movimiento de Michael, que me hacía temblar, mover el rabo y bostezar de puro nervio, como si su aparición virtual anunciara su inminente entrada por la puerta.

*

El día que llegó la señorita Su habían cerrado las cortinas de la habitación del motel y me encontraba a oscuras en plena mañana, comiendo trozos de una hamburguesa que alguien me había dejado sobre la cama. Unos cachitos de lechuga y pan de sésamo volaron por los aires cuando me levanté de un salto y comencé mis fiestas en torno a ella, quien tomó mi cabeza y agitó con fuerza mis orejas hasta que mis uñas retráctiles y tendones se estiraron de puro placer. Una mirada suya de reojo bastó para que Mark no se opusiera a su invitación para que saliésemos al exterior. La acompañé por las escaleras metálicas que descendían por la fachada exterior del edificio, por primera vez bajo el cielo azul lechoso de Santa Bárbara desde que me sacaran drogado de mi hogar. En la piscina, un sirviente había dispuesto dos grandes vasos de mi batido favorito sobre una mesilla, junto a dos tumbonas de plástico. Miles de insectos muertos flotaban sobre las aguas cenagosas y las cacas recién mojadas por el riego hedían en el césped lleno de calvas, pero la compostura de la señorita Su dotaba de dignidad al lugar. La vi inclinar su pequeño cuerpo asiático con las manos aferradas sobre una agenda de cuero obscenamente inflada y mirarme por encima de sus gafas.

—Prima, quiero que sepas que todo esto era necesario. Mañana se acabó.

Su mano me tendía un pasaporte de los Estados Unidos de América, abierto por la página de identificación. Mi retrato y huella dactilar acompañaban esos datos que conforman la identidad para la ley humana. También me alcanzó un talonario de cheques y un portafolios con un maletín donde se encontraban copias de las garantías expedidas por Zatoichi Industries. Me certificaban como propietario de mi diseño genético y acompañaba otra información sobre bienes, cuentas bancarias con retahílas de ceros y demás documentos que me

convertían en un ciudadano de pleno derecho. Muchos años después, cuando pude localizar a alguno de mis hermanos, supe que aquel día la señorita Su había repetido la misma operación con todos sus clones androgénicos. Por la habilidad con la que me explicó mi nueva situación debía haber acumulado experiencia tras enfrentarse al miedo de esos hijos abandonados en las horas anteriores. Tampoco me sirvió rogar para encontrarme con su tumba, volver a Wonderland, ver a mis hermanos o a Nanny. Pronto me encontraría en manos amigas en un lugar bonito y lejos del gran peligro, repetía la señorita Su, mientras me instruía sobre el uso de la tarjeta de crédito, y cómo comportarme en un avión y ante el servicio de aduanas del Aeropuerto Internacional de Pekín.

—Prima, en América —me decía la señorita Su, usando la palabra *América* como una verdadera estadounidense— no hay una sola persona que no desee encontrarte. Y mucha gente os ama, pero otros os matarían. Digan lo que digan, Michael luchó por defenderos hasta el final, pero hay gente que puede ganar mucho si cuenta mentiras sobre él: Jenny, Susanna, su hijo biológico, sus hermanas... Todos se están sacando los ojos por la herencia. En apenas un mes has pasado de ser el artículo más valioso del lote a uno de los principales herederos, imagina... No pongas esa cara, ya debes saber que a muchos la Carta de los Derechos Clon que se acaba de firmar no les importa nada. Sé que tu instinto es bondadoso, Prima, pero tendrás que ser menos manso, sacar al depredador, usar tu inteligencia. Zatoichi Industries te dotó de una considerable cantidad, créeme. Tú eres... bueno, ya te darás cuenta. Hemos empaquetado algunas cosas tuyas de Wonderland. Mark te acompañará al aeropuerto. Tu avión a Pekín sale en dos horas. Tienes suerte, nadie sabe quién eres realmente, apenas se han difundido imágenes tuyas. No dejes que eso cambie.

*

Ahora que he asimilado las imágenes de su funeral, que solo conocería a través de los medios de comunicación, me doy cuenta de por qué a mí y mis hermanos no se nos permitió acudir a la ceremonia. La familia no debió querer que la fotografía que recorriera el mundo fuera la de un ataúd rodeado de clones de fantasía, en medio de una marea negra de trajes y rostros humanos. El desfile de dibujos animados vestidos de luto hubiera lucido demasiado ridículo a ojos de nuestros antiguos amos, que tras sus gafas de sol odiarían la alegría que nuestras caras expresan sin que podamos remediarlo. Y más, cuando en la mente de todos se dibujaba el cadáver irreconocible de Michael tras sufrir quemaduras mortales en el 81% de su cuerpo, su figura legendaria deformada por las llamaradas pirotécnicas que lo incendiaron como una pira humana de varios metros de altura, ahora oculta en el féretro cerrado. No, nunca pudimos despedirnos de él, nos fue arrancado con tanta violencia como uno de esos desaparecidos cuyas fotografías se cuelgan en las estaciones de autobuses. Durante mis primeras horas de perdición en limusinas, salas VIP, aviones y oficinas de emigración, hasta le buscaba entre la gente. Y luego ocurrió lo de mi intento de escapada, bueno; los niños y los imbéciles podemos alimentar ideas tan locas como la de escondernos entre los recovecos del Aeropuerto Internacional de Pekín, uno de los espacios más vigilados de la Tierra, para tratar de afeitarnos el pelaje con una maquinilla desechable. Apenas pude entender la conversación en cerrado mandarín que después tuvo el chófer —quien me esperaba con su cartelito— con la policía. Aunque sí se hizo entender conmigo en la clínica del aeropuerto, donde me cubrieron de yodo las calvas sangrantes. Su expresión me disuadió de resistirme cuando abrieron la mandíbula para meterme un Litinol hasta el gznate y me dieron de beber. Sedado, otra vez.

Cuando vives mucho en un lugar, la experiencia se amalgama en un recuerdo que abarca la totalidad de nuestro tiempo en él, sin que podamos diferenciar bien etapas del pasado o del presente. Por ello, sobre mis primeros días en la *suite* diplomática del Hyatt, donde llegué la primera noche como ser libre para quedarme tres años, solo puedo evocar más sensaciones que sucesos. Su mobiliario me maravilló tanto como los volúmenes del motel que acababa de abandonar. Me descubrí admirando materiales y acabados jamás vistos, mientras las advertencias de Su, mi abogada, sonaban cada vez más lejanas. Me sorprendían las aristas, pues en Wonderland dominaban las redondeces propias de la naturaleza y cada forma se resolvía sinuosa, roma. Mientras, el mundo exterior se componía de ángulos de noventa grados, tanto en los interiores como en ese *skyline* que se incendiaba al anochecer tras las cristaleras de mi *suite* en el piso 65. Cada estancia y edificio con sus filos en ángulo recto, todo cuadrangular, todo en línea, todo paralelo y perpendicular, me hipnotizaban por la novedad, pero también me provocaban cierta ansiedad geométrica.

Durante mis años en Wonderland siempre éramos nosotros los observados, y asumíamos ese papel sin ni siquiera plantearnos que la curiosidad pudiera ir en ambas direcciones. Ahora me habían soltado en el gran zoológico humano y no perdía ocasión para profundizar en la diversidad de las personas, aunque durante los primeros meses mi muestra se limitara a las que vivían y trabajaban en el Hyatt o podían observarse desde sus ventanales. Me gustaban especialmente los viejos. La forma de sus dientes, espaldas y arrugas contaban la historia de sus vidas. Los cuerpos más interesantes, por supuesto, eran los más trabajados y se encontraban entre los obreros viandantes y nunca entre los ricos clientes. Pero tanto a unos como a otros deseaba horriblemente tocarlos, explorarlos con el tacto y no solo

con los ojos. Y deseaba aún más olerlos y, cuanto más me imaginaba su olor, más quería acercarme para sentir su aroma a basura, a grasa corporal mezclada con las secreciones glandulares, las emanaciones de los pedos vegetales y las bacterias de su boca. Incluso hoy puedo recordar los olores de los clientes del Hyatt con más fuerza que sus aspectos. Y todavía hoy esos olores me siguen funcionando como puertas astrales a zonas habitualmente empalidecidas, casi desaparecidas, de mi memoria.

*

El hotel formaba parte de una red de centros comerciales y torres residenciales que se comunicaban por túneles y puentes tendidos a cientos de metros del suelo. Después de familiarizarme con el uso del dinero en algunos restaurantes del complejo, comencé a explorar sus innumerables *stores* de lujo, siempre vacíos excepto por un ejército de dependientes que me seguían solícitos en cuanto mostraba interés. Nada perturbaba a esos tenderos del lujo; quizás otros menos sofisticados no hubieran reprimido su curiosidad cuando yo les preguntaba qué eran unas vacaciones, dónde estaba Italia o para qué servían unos palos de golf o un reloj de pulsera, pero en las tiendas del Yintai les aleccionaban para mostrarse tolerantes ante las excentricidades, daba igual si provenían de un clon-monstruo de pelaje verde turquesa, o de un séquito de esposas saudíes embozadas en burkas de vinilo.

La frontera de mis paseos la marcaban las puertas giratorias de la recepción del Hyatt y los tornos de la estación del metro de Guomao, que latía en el último nivel del centro comercial. Las masas de trabajadores que entraban y salían por los pasillos de seguridad

mostraban una indiferencia hacia mi figura aún mayor que los habituales de la superficie comercial. Cada uno de esos individuos trataba de aislarse concentrándose en sus walkman y transistores radiofónicos, que muchos escuchaban sin auriculares. Sin embargo, pese a esta indiferencia, acentuada por la falta de luz natural y la monotonía, me encantaba obnubilarme durante días enteros observando el flujo de gente y, en cierto modo, era igual que mirar un océano o un cielo estrellado; era mirar al horizonte donde llegaba la materia arrojada desde lo inalcanzable, y mojaba mis pies en un constante flujo y reflujos de oleadas de luz, oleadas de ruido, oleadas de personas.

Una noche desperté con un fuerte hormigueo en el brazo y sentí que me ahogaba. Aguanté casi una hora sentado sobre la cama, en la oscuridad, golpeándome el pecho como había visto en una estúpida película, hasta que llamé a recepción. Unos minutos después apareció un paramédico que tras realizarme una batería de preguntas decidió trasladarme al New United Family Hospital. Desde la camilla no podía observar las calles que recorría la ambulancia con la sirena apagada, y cuando desperté horas más tarde en una habitación privada, un doctor distinto vino a darme explicaciones. Hasta ahora había respondido bien a la medicina humana, me dijo, pero sería mejor que me pusiera en manos de Zatoichi Industries.

—Dime si tu serie suele padecer este tipo de averías— me preguntó.

—No tengo serie. Soy único.

—Eso es imposible —dijo el médico, mientras se sonreía sin levantar la vista del formulario que rellenaba—. Debiste traer tu documentación.

—Oye —le dije, agarrando su antebrazo. Sabía que podía sentir mis almohadillas rugosas, el alfiler del extremo de mis garras—. ¿Alguna vez has visto algo como yo?

El médico fingió estar demasiado ocupado para mostrar mayor interés y después de repetir mecánicamente su diagnóstico se marchó. Al rato apareció un administrador para desglosarme la factura de siete mil ochocientos dólares que le habían pasado a mi seguro. Había arrimado una silla lo suficientemente cerca para que pudiera observar bien los bultos sebáceos que brillaban en su rostro.

—Bueno Prima, ya hemos concluido el tratamiento, pero puedes quedarte aquí monitorizado hasta que te encuentres más tranquilo. Sin embargo, como ya leíste en el consentimiento, este hospital no está especializado en medicina clon. Para casos de diagnóstico reservado yo siempre recomiendo nuestra filial en Shanghái o Seúl, donde sí tenemos una unidad más adecuada para vosotros. El doctor Yang Shuo me ha dicho que eres un diseño exclusivo. ¿De verdad? Mis hijos se vuelven locos por ellos, coleccionan los muñequitos. ¿De verdad que no te he visto en algún anuncio de televisión? Tu seguro nos permite poner a tu disposición nuestro jet medicalizado si finalmente te decides a acudir a Shanghái. Estaríamos encantados de...

Tenía que quitarme de delante ese rostro grasiento y volver a mi casa cuanto antes. En mi cabeza aún oía el consejo de la abogada Su: que nadie te encuentre, que nadie te relacione con Michael. Pero cuando el mánager por fin abandonó la habitación ya estaba atardeciendo. Por la ventana podía verse un mar de torres de construcción que formaban barrios de esqueletos cuadrangulares en perfecta distribución geométrica. Más parecían templos alienígenas de una civilización adoradora de la verticalidad, que residencias donde pudiera florecer algo parecido al calor de una familia. El atardecer tenía el tono amarillento de la arena del Gobi y un miedo crecía en mi interior. ¿Cómo no acabar

engullido por esa ciudad que se extendía hasta el infinito? En los últimos meses solo había aprendido a flotar por su superficie, pero ahora debía atravesar su apariencia reflectante, sumergirme hacia su profundidad devoradora.

El vendaval rojizo seguía batiendo esas arquitecturas cuando llamaron a la puerta y, sin esperar respuesta, un chico y una chica de unos veinte años se colaron en la habitación, cerraron y se detuvieron en paralelo, guardando entre sí una simetría marcial. Se habían parado a más de dos metros de la cama y, desde esa distancia, me hablaron.

—¡Compañero clon! ¡Somos tus amigos! —dijo la chica—. Mi nombre es Zhao Ying 51 y soy la presidenta de la sección Xicheng de la Asociación Nacional de Amigos de los Clones. Este ramo representa la amistad y amor fraternal por las mascotas mágicas de nuestra asociación y todo el pueblo chino. ¡Aceptalo!

La chica que me tendía un enorme arreglo floral se encontraba tan lejos que ni siquiera hice ademán de cogerlo, y durante unos instantes de silencio ella mantuvo el brazo en vilo hasta que su compañero señaló un jarrón encima de una mesilla y dijo:

—¡Compañero clon! ¡Soy tu amigo! Mi nombre es Mo Huan y soy vicepresidente del Clon Fan Club de la Universidad de Industria y Comercio de Pekín. Te pido tu permiso para poner las flores con agua en ese jarrón.

—¿Podemos saber tu nombre? —dijo la alumna—. Hemos traído algunos juegos y filminas de nuestras regiones para que conozcas las bellezas de China y los lugares más maravillosos para visitar.

—Solo quiero irme a mi casa —dije yo.

Veinte minutos después subíamos a un taxi de camino al Hyatt. Si miraba a ambos lados me encontraba con sus rostros observándome. El vicepresidente del Clon Fan Club me inspeccionaba a la vez que tecleaba en una máquina de escribir portátil. Luego sacó una cámara réflex de su mochila, puso la lente a escasos centímetros de mi cara y me hizo varias fotografías.

—¡Querido amigo clon! —dijo el chico, mientras sus ojos deformados por las gafas bizqueaban—. Nosotros hemos tenido el honor de venir a conocerte y debemos compartirlo en el gran artículo de portada de nuestra revista mensual con los compañeros que perdieron el sorteo.

—¡Tienes que entender que es muy emocionante! —la voz de la chica sonaba como si no tuviera derecho a negarles nada—. ¡Yo no he conocido a ninguna mascota más guapa que tú! ¡Por favor, señor clon, te pido permiso para tocarte el pelo!

Sentí un tironcillo en el muslo y vi como los dedos de la presidenta se habían enroscado en mi pelaje y acababa de arrancarme un pequeño mechón. Ahora ambos reñían a gritos a una velocidad que mi chino me resultaba incapaz de descifrar, aunque comprendí que discutían sobre dinero. Avanzábamos tortuosamente tras las luces de freno que se difuminaban en la niebla carbónica, a través de un viaducto atestado. Sentí como si el desfiladero de rascacielos se estrechara sobre mí, hasta crear una bóveda de hormigón en el cielo.

*

Apenas había pasado cuarenta y ocho horas fuera de mi *suite*, pero al volver me embargó una sensación de familiaridad. Dejé pasar la noche a oscuras sentado en mi butaca. No quise velar con ninguna luz la visión de la ciudad que electrificaba la llanura. En el interior, solo

resaltaba el dulce latido de los *leds* de mi sintetizador Juno. La señorita Su había salvado entre mis pertenencias de Wonderland poco más que esa máquina, y observar su pequeña luz parpadeando me hacía pensar en un astronauta que levanta la vista para atisbar el sol de su antiguo planeta, a millones de kilómetros de su viaje sin retorno. Levanté el pesado auricular del teléfono de ruleta de la mesilla solo para escuchar la música enlatada de espera. Me gustaba dejar discurrir aquella melodía templada crujendo por los altavoces, pero tras unos instantes el sistema siempre derivaba automáticamente la llamada a la recepcionista.

—Hola... —dije. Y me callé.

—Señor, nos está llamando desde la habitación 211. ¿Es usted uno de nuestros huéspedes? Señor, ¿puede decirme con quién hablo?

Buena pregunta. Colgué el teléfono y me paseé por el salón hasta la puerta. Pero de nada servía una puerta si no se tenía a donde ir, igual que de nada servía un teléfono si no se tenía a quién llamar. Esos objetos que hombres y mujeres utilizan con una urgencia frenética solo me servían para recordarme mi falta de propósitos.

Salí de la habitación. El pasillo me recibió vacío, como siempre. En su extensión se multiplicaban las puertas, las lámparas, los biselados y los motivos del empapelado con una exactitud decreciente, que hacían pensar en el angustioso empequeñecimiento que le deparaba a todo lo que se atreviera a adentrarse hacia su punto de fuga. Saludé a la única figura humana que me recibía siempre allí, ese hombre verde iluminado sobre la escalera de emergencia, que corría, que escapaba. Huía de algún peligro, pero los únicos peligros que yo conocía eran los que estaban ahí fuera, en la salida, justo hacia donde él se dirigía. Caminé hasta los ascensores, cuya superficie metálica

me devolvió la imagen ondulante de mi cuerpo monstruoso, aún salpicado de calvas donde el pelo no había terminado de regenerarse tras mi intento de trasquilarme. Mi pelaje apelmazado había perdido todo el lustre que tanto obsesionaba a Michael. Acaricé mis pequeños cuernos, mis orejas móviles, mis bigotes hipersensibles, la larga cola que emergía del final de mi columna vertebral, tan absorto en ello que ni siquiera recaí en que ese espejo acababa de abrirse. Ese espejo, que en realidad eran las puertas de un ascensor.

El hombre que apareció al otro lado se quedó igual de paralizado al toparse de frente conmigo. Allí se encontraba ese representante de la humanidad, midiéndose cara a cara con la criatura que su delirante sociedad había engendrado. Luego cada uno se movió en su dirección, él a su habitación, yo a la mía, cada cual procesando al otro en la medida de sí mismo. Era aquel hombre, más que mi propia imagen, el espejo en el que yo ahora me miraba.

Esta vez descolgué el teléfono de mi *suite* con más determinación:

—Recepción del hotel Hyatt.

—Hola. Soy Prima, el tigre humanoide verde turquesa con cuernos de la habitación del piso 65. Quiero un peluquero. ¿Sabe lo que es un peluquero? Un peluquero es un humano que corta el pelo.

—Sí, señor, lo sé. ¿Quiere que le concrete una cita con la peluquería?

—No. Quiero que suba a mi habitación.

—Señor, todos los peluqueros de clones están ocupados ahora mismo. Tendrá que esperar una hora.

—No quiero un peluquero de clones. Mande uno normal. Uno para humanos. Necesitaremos toda la noche.

Colgué. Descolgué. Esperé, dejé crepitar la dulce melodía a través del auricular del teléfono.

*

Cuando me levanté, justo antes del amanecer, vi en las sábanas las manchas de la sangre que supuraba mi epidermis, horas después de que el peluquero me rasurara el cuerpo. Descolgué el teléfono y dejé sonar la melodía. Di mentalmente las gracias a los guardaespaldas de Santa Bárbara por haberme enseñado a usar el maldito teléfono. Marqué la extensión de recepción. Me contestó la misma voz del día anterior, a la que pregunté si podía comprar ropa en el hotel. Aún no había amanecido, pero me dijeron que podrían mandarme una dependienta del Yintai. Quince interminables minutos después le abrí la puerta a una joven liviana, maqueada con un cuidado impecable. Al verme, su boca se entreabrió pero no llegó a articular sonido. Mido un metro ochenta y cinco, peso noventa kilos y mi rostro es una versión humanoide de un felino del Pleistoceno. Largos bigotes crecen como antenas de mi labio leonino y mis orejas giran hacia las fuentes del sonido, alzándose casi veinte centímetros desde mi protuberante cráneo. Aunque me había cubierto con un albornoz, que me picaba como mil demonios sobre las heridas, se me había olvidado atármelo así que mi falso pene también estaba a la vista; y los colmillos, claro, y las garras.

La mujer entró en el recibidor clavando sus tacones en la mullida moqueta y se detuvo en el centro de la estancia para dirigirse a mí.

—Buenas noches, Prima. Voy a tomarle las medidas. ¿Tiene alguna idea de la clase de traje que quiere hacerse? —me dijo—. También nos puede encargar abrigos y camisas. Quizás si echo un vistazo a su armario pueda hacerme una idea de su estilo.

—No tengo ropa.

La modista se quedó callada.

—Mire, yo le recomiendo que se haga dos trajes y dos camisas. Más tarde podremos elegir ropa de sport, ropa interior y pijamas de la tienda. Para empezar.

En su forma de decir “para empezar” sentí cierta preocupación, aunque solo se tradujera en una leve inflexión de su tono profesional. Asentí con la cabeza y ella extrajo de su bolsillo una cinta métrica y una agenda Montblanc, donde fue apuntando las medidas de mi cuerpo.

—Usted tiene cola. ¿Desea un traje con la cola cubierta o al aire? Ahora, en invierno, nuestros clientes suelen elegir la cubierta.

—¿Y no habría manera de disimularla? Cuando ando erguido no la necesito para nada. Es casi un adorno.

Con una mano, la sastre me dobló la cola para comprobar la elasticidad de la protuberancia que salía del final de mi columna. El roce de su mano casi me hizo gritar. Sin pelo sentía un millón de botones sensoriales a flor de piel, histéricos al mínimo roce.

—Usted es fácil —dijo mientras continuaba tomándome las medidas—. A veces llegan clientes con forma de ave o cuadrúpedos, y es como inventar la costura otra vez; todo lo que te han enseñado sobre confeccionar deja de servirte. Utilizamos películas de dibujos para ver cómo se las han ingeniado para encajarles la ropa a los animales. Porque... Ya me entiende.

—¿Van muchos como yo a su tienda?

—En Pekín los clones van a todas partes —dijo ella, guardando la cinta métrica y la agenda en el bolsillo de su chaqueta—. Dicen que somos una de las ciudades más *clon-friendly*, ¿no es así?

Y antes de salir por la puerta, añadió:

—Debería cuidarse esas rozaduras, pueden infectarse.

Cuando se fue, encendí la televisión y me puse a ver videoclips, esa cosa que había aprendido de los guardaespaldas de Santa Bárbara.

*

Dos días después, me encontraba tratando de imitar la coreografía de uno de esos videos musicales, cuando llegó el mensajero con los trajes. Me intrigaban los trabajadores, siempre metidos en un quehacer, mientras los ricos llevaban esa vida ociosa, sin contacto con herramientas, del otro lado de las máquinas y los enseres, arropados por las atenciones del servicio y las más sofisticadas distracciones. Al carajo. Corrí a ponerme el traje y echarme un vistazo en el espejo. El holgado pantalón a duras penas me disimulaba la cola, pues su primer tramo huesudo no acababa de aplastarse contra la columna y se delataba aún más por sus movimientos reflejos. Cuarenta y ocho horas después de afeitarme, mi pelo crecía a una velocidad sorprendente, y ya me había dado cuenta de que lo único que conseguiría con las depilaciones sería parecer un animal recién desollado, además de soportar cantidades épicas de dolor. Tampoco podía disimular mi labio leporino y mis bigotes a menos que me embozara, algo que en principio no me pareció tan mala idea. Quizás, concluí, lograra pasar por uno de esos humanos locos que se hacen cirugías y toman hormonas para parecerse a nosotros.

Cuando entré al ascensor y me vi en el espejo de su puerta lancé un gruñido de satisfacción. Presioné el botón y sentí la rápida aceleración silenciosa mientras caíamos sesenta y cinco pisos hasta llegar

a ras del suelo. Había observado muchas veces cómo se detenían los taxis tras las puertas giratorias del vestíbulo, y cuando traspasé el umbral dejé que el aire helado y maloliente llenara mis pulmones hasta que un sedán se detuvo. Me colé por una puerta trasera. El coche olía a pedos de col y sudor, y los asientos, revestidos de fundas de plástico se me pegaron con un efecto de succión. Tuve que hacer un esfuerzo para no lanzarme a olisquear de cerca al taxista, del que solo podía ver la nuca y la franja de unos ojos entrecerrados que me miraban por el retrovisor. No había en ellos una sombra de sorpresa. Imagino que los inmortales que caminan sobre la Tierra desde el principio, y han visto y vivido todo lo posible, observan con la misma indiferencia. Tanto él como yo nos hubiéramos comportado de forma muy diferente de haber sabido el papel que más tarde íbamos a jugar el uno en la vida del otro.

—¿A dónde le llevo? —preguntó.

—Hoy es la noche más importante de mi vida —dije yo—. A donde sea.

No volvió a abrir la boca hasta que nos quedamos varados en un atasco. Llevábamos casi una hora entre filas de coches que se desvanecían en un horizonte cercado por la contaminación.

—Llevo nueve años en el taxi —dijo.

—Enhorabuena, señor.

—No me has entendido. Vivo en el taxi. ¿Sabes lo que es eso? Me ducho y cago en baños públicos, duermo y como en el asiento. Solo tengo dos camisas y estos pantalones. Lo único bueno de cada día es mi paquete de tabaco. Si no fuera por el tabaco, lo dejaría todo.

El taxista encendió un cigarro mientras abría la ventanilla. En la radio, un hombre rimaba chistes sobre un paleta que acababa de mudarse a la gran ciudad.

—Yo he vivido toda mi vida en el jardín de una casa en California, hasta hace unos meses.

—Los mejores parques están en Pekín —dijo, como descartando toda posibilidad de que hubiera algo remotamente bonito en materia de parques o jardines en otro sitio—. Cuando me jubile podré pasar mis días aquí. En mi ciudad natal solo hay mierda. Puedes llamarme cuando quieras. —Y extendió una tarjeta que había cogido del salpicadero—. Excursiones, cualquier cosa. Los musulmanes no somos como los *han*. Somos de fiar. Mi nombre está en la tarjeta.

Tras media hora de frenazos y acelerones trepamos por un viaducto y llegamos a un barrio de casitas de piedra gris y tejados ornamentales. Los neones anunciaban restaurantes y tiendas, y las aceras bullían de viandantes, pero en su ánimo no había prisas, sino una feliz voluntad de dejarse mecer por la marabunta. Al bajar del taxi me puse a caminar para alejarme de la arteria principal y pronto me encontré perdido en un laberinto de callejuelas estrechas, por las que apenas circulaba algún triciclo eléctrico que serpenteaba frente a vecinos charlando en sillas plegables y montañas de garrafas de agua apiladas a las puertas de diminutos comercios. La última luz diurna iba languideciendo y la ausencia del alumbrado emborronaba la silueta de las cosas. Un temor bueno y alegre me embargaba, un temor sin miedo, un miedo sin miedo, aliviaba mis pasos por las callejuelas cada vez más oscuras, donde ya solo la luna pálida colgaba como el ojo de un ciego. Me sentía tan embriagado que ni siquiera comprendí que los gritos de un par de ancianos sentados en taburetes iban dirigidos a mí.

—¡Oye tú! ¡Oye tú! —me gritaba uno—. Me cago en la puta, ni siquiera entiende una palabra de lo que le digo.

Los dos llevaban unos brazaletes rojos y deshilachados, con los caracteres de “voluntario” impresos en amarillo. Vestían esos trajes toscos que habían sido obligatorios durante los tiempos de Mao. Uno de los viejos, con los ojos inyectados en sangre, se levantó y me tiró violentamente del hombro.

—Hey —dijo con una sonrisa amarillenta. Yo nunca había visto una dentadura más horrible que la de ese hombre—. No te asustes. ¿Quieres un cigarro?

Cogí como pude el cigarro entre mis labios leporinos y aspiré hasta que una tos violenta me dobló en dos. Casi podía sentir cómo el humo me salía por las cuencas de los ojos. Sin embargo, acto seguido di otra calada. Y otra más.

—Esto es una vergüenza —le gritó la mujer al viejo, pero luego se calló de pronto, como si se le hubieran acabado las palabras, y se quedó compungida, mirando al suelo.

—Si no fuera por el tabaco —dije yo—, lo dejaría todo. En mi ciudad natal solo hay mierda. Pero los parques de Pekín son lo más bonito.

El viejo rió y tarareó una breve canción, en cuya letra discerní una alusión a algo antiquísimo y florido. Mientras, su pie trazó un movimiento en el cemento roto que dejó un carácter rudimentario dibujado en el polvo, un carácter que yo no había visto nunca, pero me pareció tan viejo como su canción.

—No es un momento feliz para nosotros —dijo el viejo.

—El profesor Lu se ha quitado la vida de muy mala manera —masculló la mujer—. Es una vergüenza.

—Oye, ¿puedes venir un momento a su casa? —me dijo el viejo—. Tenemos un problema. Dentro se ha quedado una de los tuyos que, bueno, también quiere parecerse a una persona.

*

—No quiero parecerme a una persona —dijo—. *Soy* una persona.

Habíamos atravesado el diminuto domicilio de la vieja para salir a un patio cuadrado de piedra gris. En un lateral, un pórtico de columnas de madera lacada de rojo y un alero ornamentado enmarcaban un ventanal velado por cortinas de lienzo. El ruido de la ciudad no llegaba hasta ese patio donde solo los bisbiseos de los televisores de los vecinos perturbaban la tensión cristalina del silencio. La mujer del brazalete rojo, a quien el viejo se había referido como Madame Feng, aporreó en el quicio de una puerta del ventanal hasta que en el interior se vio una sombra escabullirse.

—¡Abre la puerta a las personas, maldita gata! —gritó Madame Feng.

—No quiero parecerme a una persona —repetía la sombra—. *Soy* una persona.

Cinco minutos después, el viejo se había colado por una puerta del patio y vuelto con una llave con la que abrió una hoja del ventanal. Y una vez dentro apenas quedó sitio donde poner los pies. La única estancia quedaba ocupada por un *kang* que desprendía tanto calor que sentí la necesidad de arrancarme la ropa a zarpazos. Entre edredones revueltos y envases de papel con restos de fideos se encontraba una chica que manipulaba un extraño aparato. Sin embargo, su presencia quedó eclipsada por el gigantesco mural que adornaba la pared principal; un mural en el que Mao, caracterizado como un demonio budista, aparecía rodeado de musculosos cuerpos desnudos con gorras comunistas, como los que caracterizaban a los obreros de la propaganda, en una especie de orgía sexual revolucionaria.

La obra lucía ya muy descolorida, parcialmente tapada por muebles, y pintarrajeada como un baño público, pero aun así no había manera de ignorarla. Como si tanta sutileza alegórica le hubiera resultado molesta a alguien, le habían pintado con spray enormes caracteres que decían “Mao al Gulag”, “Que le jodan al partido comunista” y otros donde lo único legible era la rabia con que fueron trazados. El mural contrastaba con el ánimo apacible de la chica que tecleaba tumbada sobre el *kang*. A su alrededor distinguí órganos monofónicos y sintetizadores antiguos pegados a las paredes, así como grabadores magnéticos de ocho pistas, un theremín y otros materiales raros. De una tubería que recorría el techo todavía colgaba una sábana blanca enrollada. Solo meses más tarde, viendo una película sobre un joven músico inglés que se suicidaba con la cuerda de un tendedero, comprendí que nadie se había molestado en retirar la sábana que el profesor Lu había utilizado para ahorcarse. De lo que sí me di cuenta por fin es que era aquel aparato, y no la chica, el que repetía una y otra vez:

—No quiero parecerme a una persona. *Soy* una persona.

—Él la quería como a una hija —me dijo el viejo.

—Es demasiado guapa para que la quisiera de hija —dijo Madame Feng—. Hasta yo podía haberle arreglado al profesor Lu un buen matrimonio, incluso a sus años. De querer un hijo, ¿no habría querido un varón? ¿No habría querido una persona? ¡Me pone enferma!

—Ya sabéis que no me compró —dijo la chica—. Ya sabéis que teníamos un arreglo. En esa época teníamos que tener dueños.

—Pailulu se ha convertido en un grave problema vecinal —me dijo el viejo, mirando a la chica—. El casero va a llevárselo todo, pero esta cosa no quiere irse y va a conseguir meter aquí a la policía. Y no queremos a la policía aquí. El profesor Lu trabajó muy duro toda

su vida por la madre patria, ha sido un ejemplo para nosotros. En la Universidad de Tsinghua hay un laboratorio de acústica y una beca de investigación con su nombre. No pueden ver esto —dijo, señalando el mural—. Tuvo una vida muy difícil. En algún momento perdió los nervios y pintó eso, ¿y quién puede reprochárselo? La gente hasta se quita la vida después de pasar por ciertas experiencias. Son heridas que nunca se curan.

—Si viene la policía a husmear —dijo Madame Feng, mirando a la chica—, la mato mientras duerme y la tiro a la basura.

—La alquilo —dije yo.

—¿A *esa*? Ya no se puede. ¿Lo ves, tío Cao? —le dijo Madame Feng al viejo—. No puedes perder el tiempo explicándoles cosas de personas. ¿Qué saben ellos de nuestras cosas de personas?

—No la chica. La casa. Alquilo la casa —repetí. La mujer se detuvo en seco—. Si a ella le parece bien.

*

Algunas llamadas después había logrado quedarme solo con la chica en aquel extraño lugar.

—Te la doy —dije—. La casa. Puedes quedártela.

—¿Pero tú de dónde has salido? —dijo ella.

Llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de algodón de Doraemon, pero la ropa se le había retorcido de tal manera que apenas la tapaba. Sus calcetines tenían mucha roña, con piedrecitas y pajas incrustadas.

—La puta loca esa —dijo, intentando ganar algo de compos-tura— ha enloquecido con los sonidos que salían de esta casa. No la

culpo. Ha debido de ser insoportable. Y lo que cree que ha oído no es ni la mitad. Todo tipo de ondas más allá del espectro, colándose en sus sueños, créeme. La he estado torturando cada noche sin que ni siquiera se diera cuenta. Por eso me gusta así, me gusta verla cabreada. Te digo que hablaba en serio sobre lo de matarme. Sé que lo haría. Tiene mi respeto, aunque claro, yo acabaré con ella antes. Son sintetizadores históricos. —Hizo un gesto que abarcó toda la habitación—. Le prometí al profesor Lu que los guardaría.

—¿Ese es tu trabajo? —dije yo—. Trabajar es más divertido que no hacer nada.

—Tengo varios proyectos en marcha —dijo—. El de guardiana no es el más importante. ¿Nunca has sentido que los objetos te hablan?

—¿Qué objetos?

—Cualquiera. Esas pinzas de plástico, por ejemplo —dijo, señalando un cubo de pinzas de la ropa.

—¿Te están hablando ahora? —dije.

—No, hombre. No puedes escucharlas así como así. Hay que escucharlas con los ojos.

—No quiero parecerme a una persona —interrumpió el aparato—. Soy una persona.

No pude menos que subir al *kang* y arrodillarme ante el cacharro que acababa de hablar. Un teclado ordinario de ordenador se conectaba con varios cables cinta a una placa base donde había incrustados varios circuitos de los que salían otros diminutos cables a una consola con bombillas, válvulas e interruptores metálicos. En un monitor quedaban reflejadas con dígitos cuadrados las operaciones que efectuaba el sistema.

—Acércate más. Y coge esto —dijo la chica, guiando mi mano hacia una de las ruletas de la consola.

—No quiero parecerme a una persona. *Soy* una persona —dijo la máquina. Cuando giré la perilla de su timbre se desprendió una frecuencia que fue convirtiéndose en un sonido granuloso y como destripado. La onda fue girando hacia algo más inestable que se quedó dando vueltas por la habitación como si el altavoz hubiera echado a volar y rebotara de arriba a abajo, de izquierda a derecha.

—¿Qué te parece? —me preguntó—. Estoy escribiendo sobre el universo en base a estos experimentos. Este es el Red Noise. —Señaló el aparato—: mi laboratorio de lo que es y lo que no es. De lo que ha sido y de lo que será. El sintetizador me da muchas ideas ¿sabes? Y no solo del universo. Tengo un cuaderno lleno; ideas sobre el amor, la parejas, el tiempo atmosférico. Y también tengo cosas escritas sobre lo que está pasando ahora mismo, así que me viene bien conocerte, háblame de ti.

Empecé a balbucear mi nombre, pero eso fue todo. Sentí ganas de pegarle un zarpazo en la cara y salir corriendo con el sintetizador Red Noise. También sentí ganas de abrazarla. Concentré mi mirada en sus ojos, tan negros que el iris y la pupila resultaban indistinguibles, y brillaban arropados entre dos mofletes de una tersura infantil. Siempre que hablaba sonreía de modo que sus párpados rasgados casi se cerraban del todo, mostrando un aire tan jovial que resultaba por completo incongruente con la acidez de sus palabras. No había duda de que poseía la maldita marca de la felicidad de Zatoichi Industries. Ella se levantó y se quitó la camiseta y los pantalones. Su cuerpo totalmente humano, propio de una joven atlética, carecía de pezones y vulva, si se puede decir así, y no tenía un solo pelo por debajo de las cejas.

—¿Ahora te das cuentas del hambre que tengo? —dijo, acariciando sus costillas—. Venga, sácame de aquí y llévame a cenar. Para ti no supone nada, acabas de alquilar la casa.

—Es casi la hora del desayuno —respondí, fijándome en un reloj que descansaba sobre uno de los teclados. El minuterero con forma de Estatua de la Libertad y su aguja horaria con forma de botella de Coca-Cola marcaban las cinco y media.

—En este barrio cenar y desayunar lo mismo —dijo, mientras cogía unos vaqueros ajustados y se los ponía, sin ropa interior debajo—. Y tampoco diferencian mucho entre hijas y putas.

*

Observé a la chica mientras comíamos en una diminuta tasca cerca de su *hutong*, bajo un nudo de viaductos elevados. Según dijo, había echado de menos el lugar desde la muerte del profesor Lu, pues no había vuelto a salir por miedo a que en su ausencia le bloquearan la entrada de su casa. Ocupábamos una de las dos mesitas de un local del tamaño de un pasillo; en la otra, un obrero con el pelo erizado por el yeso tragaba *mian* con la cabeza metida en su cuenco. La chica se había pedido doce *baozhi* de ternera con cilantro y dos cuencos de gachas de arroz con judías dulces y orejas de buda, y también se lo estaba tragando en el menor tiempo posible, así que me distraje mirando un pequeño televisor. La mesonera, una niña de rostro sanguíneo y cuerpo de gnomo, me preguntó si me interesaba la política. La pregunta me pareció bastante rara y no respondí. “¿Te interesa lo que está diciendo?”, me preguntó ahora. “Creo que no”, dije apartando la mirada de la pantalla. Llevaba un roñoso mandil de ositos de peluche y estaba ordenando facturas encima de la mesa y tecleando en su calculadora. “¿Eres americano? ¿De dónde eres?”

¿Cuánto dinero cuestas?”. Continuó hablándome así en voz cada vez más alta y con fuerte acento callejero. “Pareces caro. Yo no sé demasiado de eso, pero tu dueño debió de pagar mucho dinero. ¿Cuánto pagaron por ti? Aunque ahora ya no parece que te encuentres muy bien ¿Estás mal de salud? Eh, ¿cuánto pagaron?”. Sus uñas melladas repiqueteaban cuando las golpeaba contra las teclas de su calculadora.

Todavía podía oír esas uñas repiqueteando cuando salimos del local, antes de que el ruido del bar fuera engullido por el fragor del tráfico. Miré al cielo, pero no vi más que cemento. Los viaductos lo cubrían por completo, y bajo la capa gris solo brillaban las luces fugaces de los taxis. Pararía uno, volvería al hotel. No era demasiado difícil, incluso para alguien como yo.

—No sé como te llamas —le dije a la chica—. ¿Te quieres venir a vivir conmigo?

*

Ella me dijo: “puedes confiar en mí, solo en mí”. Y yo lo hice, y me dio la vida. Pero todo lo que te da una vida, te quita las demás.

Todo el año siguiente es la historia de cómo confíé en ella y me puse ciegamente en sus manos.

Se llamaba Pailulu.